



San Mateo 4: 1-11

Es muy importante distinguir entre “tentación” y “pecado”. La tentación **no** es pecado. Se comete pecado cuando uno cae voluntaria y conscientemente en la tentación.

Una cosa hay que tener bien clara: disponemos de toda la ayuda necesaria de parte de Dios para vencer cada una de las tentaciones que el Demonio nos presente. Nadie es tentado por encima de sus fuerzas: *“Dios que es fiel no permitirá que sean tentados por encima de sus fuerzas; antes bien, les dará al mismo tiempo que la tentación, los medios para resistir”* (1 Cor. 10, 13). El poder que tiene el Demonio sobre los seres humanos a través de la tentación es limitado. Con Cristo no tenemos nada que temer. Nada ni nadie puede hacernos mal, si nosotros mismos no lo deseamos.

Las tentaciones son pruebas que Dios permite para darnos la oportunidad de aumentar los méritos que vamos acumulando para nuestra salvación. La lucha contra las tentaciones es como el entrenamiento de los deportistas para ganar la carrera hacia nuestra meta que es el Cielo. (2 Tim. 4, 7). Las tentaciones sirven para que los seres humanos tengamos la posibilidad de optar libremente por Dios. También sirven para no ensoberbecernos creyéndonos autosuficientes y sin necesidad de Cristo Redentor.

¿Qué hacer ante las tentaciones?



En primer lugar tener plena
nunca seremos tentados por encima de nuestras fuerzas. Dios nos da gracias especiales suficientes para vencer cada tentación. No importa cuán fuerte sea la tentación, no importa la insistencia, no importa la gravedad. En todas las pruebas está Dios con sus gracias para vencer con nosotros al Maligno.

Además, decía un antiguo Padre de la Iglesia, tras la venida de Cristo, Satanás es como un perro atado: puede ladrar y abalanzarse cuanto quiera; pero si no somos nosotros los que nos acercamos a él, no puede morder.

Otra costumbre muy necesaria para estar preparados para las tentaciones es la **vigilancia y la oración**. Bien nos dijo el Señor: *“Vigilad y orad para no caer en la tentación”* (Mt. 26, 41). Hemos de vigilar siempre y **alejarnos de las ocasiones de pecado**. Recordad que ponerse voluntariamente en ocasión de pecado, sin haber una causa grave, es ya un pecado. Nunca podemos confiar en nuestras propias fuerzas para superar la tentación.

Ahora bien esta lucha no es contra fuerzas humanas, sino contra fuerzas sobre-humanas, como bien nos dice San Pablo (Ef. 6, 11-18). Por eso hay que armarse con armas espirituales: **confesión y comunión frecuentes**, que son los medios de gracia que nos brinda el Señor a través de su Iglesia.

A veces la tentación no desaparece enseguida después haberla rechazado, y el Demonio ataca de nuevo. No hay que desanimarse por esto. Esa insistencia diabólica pudiera ser una demostración de que el alma no ha sucumbido ante la tentación. Ante los ataques más fuertes, hay que redoblar la oración y la vigilancia. Esta lucha, permitida por Dios, fortalece al alma, siempre que se mantenga luchando contra la tentación. Si rechaza la tentación una y otra vez, el Demonio terminará por alejarse, aunque no para siempre, pues buscará otro motivo y otro momento más oportuno para volver a tentar. *“Habiendo agotado todas las formas de tentación, el Diablo se alejó de Él, para volver en el momento oportuno”* (Lc. 4, 13).

Una de las gracias a pedir en la oración, es la de poder identificar la tentación antes de que nuestra alma vacile y caiga. Una cosa conveniente es desenmascarar al Demonio. Si se trata de tentaciones muy fuertes y repetidas, puede ser útil hablar de esto con un buen guía espiritual. El Demonio, puesto en evidencia, usualmente retrocede. Adicionalmente, ese acto de humildad de la persona suele ser recompensado por el Señor con nuevas gracias para fortalecernos ante los ataques del Demonio.

Durante la tentación, orar con mucha confianza y resistir con la ayuda que Dios ha dispuesto.

Después de la tentación: si hemos caído, arrepentirnos y buscar el perdón de Dios en la Confesión. Y si no hemos caído ¡jojo! referir el triunfo a Dios, no a nosotros mismos.